

# El Eco de Cartagena.

AÑO III.—NÚM. 8145

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

## PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartago en mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Estranjero, tres id. 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que se considere en caso de obligación legal. Corresponsales en París Mr. A. Lorette, rue Cauvart, 31, y en Londres, Fleet Street, E. C. 166.

**SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Sábado de Diciembre 1888

**CURATIVO** para todas las enfermedades de los niños y de las embarazadas. **BISMUTO Y CEBOLLO** de **VIVAS PÉREZ**. Colores y sabores agradables. En todas las principales farmacias.

## CONTARES

U tengo y lo diera  
Poroy la Pascua llegara  
Par garme de un pavo  
Que na puesto mala cara.  
Ey triste chifadura  
No el turión ver  
Sin en el instante  
La ción de morder.  
U onero me dio  
Pelus y turrónes  
Y ydi chocolate  
Cafés y bombones,  
Ny otra cosa tan buena  
Par los días de pavo  
Com té y café  
Y chates de EL BARCO.

Los chates de la fábrica EL BARCO DE VALBUENA han obtenido la única medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona.

Y los té y café es la única medalla de plata. Repente para las ventas al por mayor en la finca de Murria, Benigno Sánchez Risueño, Caridad, Cartagena.

**La China** Lanax fantástica  
**INTRO DE NOVEDADES**  
Viñas y Sánchez  
Mina Española, 49, Cartagena  
Al contado cinco por ciento  
de descuento en las compras que  
excedan de 25 pesetas  
Anas inglesas para caballero  
**CONFECIONES**  
Tercionelos

## EGOS DE MADRID

28 de Diciembre de 1888.

Sea curiosa y edificante la historia de todas las personas á quienes ha tocado el premio gordo de Navidad desde que el Gobierno empezó á hacer felices todos los años á uno ó varios españoles resolviendo al mismo tiempo el problema de llevar las arcas del Tesoro con una pingüe contribución voluntaria.

Todos los años consigno yo las peripecias más notables relacionadas con ese juego de azar que cambia la posición de unos cuantos privilegiados.

Esto no al menos la Fortuna ha sido generoso con pobres ó con personas á quienes ha venido de perilla las ganancias y es de observar que cuando esto sucede, la mayoría de los que ni el reintegro han pescado, experimentan una verdadera satisfacción.

En efecto, resulta que han contribuido á una obra de caridad y en este caso la pérdida es apenas dolorosa.

El premio gordo ha resultado internacional, puesto que se ha repartido entre España y Francia. Desde Burdeos hasta Hendaya, nuestros vecinos se han contaminado juegan como nosotros y la contribución que pagamos á la industria y á la moda francesa, nos la devuelven en parte comprándonos billetes de lotería.

El segundo premio se distribuirá entre unos trescientos obreros de los talleres de la estación del ferrocarril de Zaragoza á Barcelona.

Uno de ellos estaba enfermo y sus compañeros al ver que después de comprar el billete afortunado les quedaba un sobrante creo que de 19 reales, resolvieron destinar diez á participación de su camarada en el billete y los nueve restantes, se los dieron.

El pobre hombre hubiera preferido el total porque su situación era muy precaria. No podía imaginar que le regalaban 2000 duros.

A estas fechas ya habrán cobrado. El billete ha estado desde el sorteo custodiado día y noche por dos partícipes.

Se dan casos de que los billetes premiados suelen perderse en las sinuosidades de las conciencias que no son rectas.

Algo de esto ha pasado en Madrid.

La lotería de Navidad suele proporcionar á alguno, dinero que no es el de los billetes premiados.

Hay tres probabilidades contra una de perder y estas tres las aprovechan los que juegan al gana-perde.

Nada más fácil que dar participaciones en un billete real ó imaginario porque hay quien vende lo que no ha comprado.

De este modo se recogen unos cuantos miles de reales y si no sale el número premiado los atrevidos se quedan tan tranquilos. Si lo que ocurre rara vez el número alcanzara premio, ó desaparecen ó van á pasar una temporada en la cárcel en clase de estafadores.

Esto se creyó que había ocurrido un año en Madrid atribuyendo á una mujer que trabajaba como vendedora el milagro de los panes y de los peces.

—Me da V. parte? le preguntaban.  
—Sí, hija.  
—Póngame V. medio duro.  
—Y á mí uno.  
—Y á mí una peseta.

Era de tan buen carácter, que no sabía negarse y acaparaba el dinero diciéndose sin duda:

—Bah! yo creo que por mucho que me den, no llegará á las 50 pesetas.

Pero no fue así, el número obtuvo el tercer premio y para pagar á los que llevaban parte en el décimo habría tenido que cobrar el billete entero ó poco menos.

Sin duda exclamaría como Ducacal.

—Maldita sea mi suerte!  
Y después de este desahogo al conocer su error resolvió ocultarse.

Los infinitos acreedores se dedicaron á buscarla y al fin la encontraron.

—Me equivoqué hijos míos, contestó á sus reclamaciones.

—A la cárcel con ella! gritaron los premiados sin premio en el primer momento. La pobre mujer que había obrado de buena fe ha entregado el billete insistiendo en que no echó bien sus cuentas.

Dados sus buenos antecedentes se conformaron todos y el producto del dinero se repartirá á prorrata entre los que justifiquen su derecho. Algunos compadecidos se proponen hacer menos sarcástica su suerte.

Escuso decir lo ruidosa que es la alegría de estos afortunados jugadores.

Los otros, es decir los perseguidos, se conoce que para entretener el tiempo vuelven á los famosos petardos.

Con ellos han asustado á los vecinos de dos ilustres conservadores.

Se conoce que no pueden vivir sin jugar y juegan hasta con fuego.

No hay medio de acabar con los puntos negros.

Julio Nombela.

## Varietades.

### LA CENA DE ARTISTAS (DE H. LAFONTAINE)

El día 24 de Diciembre, en una noche fría y brumosa, un hombre, apoyado en un bastón, marchaba penosamente por la calle de Mazarino; sus vestidos, insuficientes para preservarle del intenso frío que hacía, consistían en un pantalón de torano, una levita vieja tomada hasta la barba; un sombrero de ala ancha, inclinado sobre el rostro no dejaba ver más que una larga barba y largos cabellos blancos que caían sobre su espalda encorvada.

Llevaba debajo del brazo un objeto de forma atarugante envuelto en un pañuelo de cuadros.

Atravesó el puente y la plazuela del Carrousel, llegó al Palacio Real, dió la vuelta al jardín, parándose muchas veces; después, como si las oleadas de luz, los perfumas sabrosos de los manjares exquisitos ofrecidos á los consumidores por los Restaurants que preparaban sus alegres cenas, le hubiesen dado vértigos, se alejó, vacilando sobre sus piernas, y fue á dar cerca de las fuentes.

Allí levantó la cabeza, vio la luz en todas las ventanas de esta colmena obrera donde la vida se mantenía en alarma por el trabajo; se cobijó bajo un toldo colocado por encima de la avenida; haciendo ángulo con este pasaje frecuentado, puso su bastón al alcance de su mano, se recostó contra la pared, desató el pañuelo de cuadros, que dejó ver un violín, se aseguró de que las cuerdas del instrumento estaban en su sitio, las subió con mano temblorosa, dobló el pañuelo, lo colocó debajo de la barba, apoyó encima el violín y empezó una melodía tan triste, tan discordante, que dos ó tres guardias que estaban por allí se alejaron diciendo que aquella era una música para tirar el diablo al suelo; un perro que estaba acostado allí cerca, se puso á aullar, y los transeúntes aceleraron el paso.

El hombre, descorazonado, se sentó tristemente sobre el escalón de la avenida, puso su instrumento sobre las rodillas murmurando:

—¡No puedo tocar!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

Y un sollozo se escapó de su garganta.

En aquel momento, y por aquella misma avenida larga y sombría, llegaban tres jóvenes tarareando una canción en boga:

Cuando dos alumnos del Conservatorio hallan á otro alumno del Conservatorio, son ya tres alumnos del Conservatorio, que alegres celebran con zambra y jolgorio verse lejos, lejos del Conservatorio.

No vieron al pronto al violinista; y uno le

pisó, el otro le tiró el sombrero y el tercero quedó asombrado viendo salir de la cabeza de aquel viejo de aire humilde y altanero á la vez.

—No—respondió el violinista bajando con trabajo para recoger su sombrero, pero uno de los jóvenes se adelantó y se lo recogió mientras que su camarada, viendo el instrumento, preguntó:

—¿Es V. músico?

—Lo era—suspiró el pobre hombre.

Y dos gruesas lágrimas cayeron lentamente en las arrugas profundas que surcaban sus mejillas.

—¿Qué tiene V?... V. sufre?... ¿Podríamos ayudarle en algo?

El viejo miró á los tres jóvenes. Después les presentó su sombrero, murmurando:

—Denme VV. una limosna... no puedo darnos la vida tocando el violín... mis dedos anquilosados; mi hija se muere de hambre del pecho y de miseria.

Había tanto dolor en el acento de aquel anciano... que los jóvenes se estremecieron de la cabeza á los pies; y en seguida echaron mano á sus bolsillos sacando todo lo que tenían: el primero tenía 50 céntimos... el segundo 30 céntimos... y el tercero un real... Total 80 céntimos para aliviar tal infortunio! ¡Era muy poco!... y los tres se miraron con lástima.

—Amigos—dijo muy emocionado el que había preguntado al infeliz—¡engamos un rasgo... ¡Es un colega!... Tú, Adolfo, coge el violín y acompaña á Gustavo, mientras que nuestro amigo Carlos hará la cuerdación.

—¡En seguida, comprendido!...—Y levantando los cuellos de sus abrigos y echándose el cabello sobre la frente, se metieron el sombrero hasta los ojos.—Ahora empuja, y á una... Es día de Noche-Buena, ¡el buen Dios debe estar en su establo!... Trátemos de sacarle algo... ¡adelante! Vamos á ver Adolfo, la pieza de concurso para atraer gente.

Bajo los dedos ejercitados del joven, el violín del pobre resonó alegremente y «El Carnaval de Venecia» salió con brio extraordinario; todas las ventanas se abrieron, los transeúntes se agruparon, los aplausos resonaban por todas partes, y muchas monedas de plata caían en el sombrero del viejo, colocado bajo la luz del reverbbero. Después de un poco de espera, el violín preludió de nuevo.

—Tú, Gustavo—dijo Carlos.

El joven nombrado cantó «Viens, gentille dame!... ¡con una voz de tenor vibrante, cálida, soberbia!

Y el auditorio, entusiasmado, gritaba: —¡Otra! ¡otra! ¡otra!... Y la cuerdación engrosaba, y la multitud se hacía á cada momento más compacta. A vista de este éxito y este ingreso, el promovedor de esta idea añadió:

—Vamos, para concluir, el terceto de «Guillermo Tell...» Adolfo, anciano, tú, mientras nos acompañas, ahúza de tus notas bajas; con mi voz yo haré de barítono; y Gustavo, mi hermoso tenor, algunos golpes de efecto, y las alondras van á caer todas.

¡El terceto comienza!... Entonces, que hasta entonces había estado inmóvil, no creyendo ni á sus ojos, oídos, temiendo ser juguete de un simple end reza, con los ojos brillantes, le trasfigurada, y cogiendo su bastón se puso á llevar el compás con tanta maestría, que bajo su dirección, los jóvenes ejecutantes electrizaron, entusiasmaron á la multitud que no les escaseó ni sus brazos ni su dinero.

Caía de las ventanas, salía de todos bolsillos, y Carlos tuvo bastante que